

cR

Centro
de Referência
Paulo Freire

**Este documento faz parte do acervo
do Centro de Referência Paulo Freire**

acervo.paulofreire.org



InstitutoPauloFreire

AUTOPISTA



Ángel Fernández

En México, nadie ha transformado tanto el lenguaje deportivo como el rapsoista futbolístico Ángel Fernández. El *Magro* Septién, *Sonny* Alarcón, Cristino Lorenzo, Toño Andre, Pepe Alameda, Fernando Marcos, el *Rápido* Esquivel y muchos otros han contribuido con giros decisivos al análisis de lo que ocurre en las arenas o entre las doce cuerdas; sin embargo, Ángel Fernández caló de manera especial en el ánimo de los espectadores. Aunque su especialidad es el billar y su pasión el beisbol, es el cronista por excelencia del deporte más extendido del planeta: "el juego del hombre". Fernández se interesó en las gestas que incluyen porterías cuando presencié el incendio del Parque Asturias; en sentido estricto, más que los lances en la cancha, le interesaron las reacciones en las gradas, el vínculo entre los equipos y su tribu. En una memorable entrevista con Cristina Pacheco, el mayor de nuestros cronistas describió al público como su "coro griego". En efecto, "la voz del Azteca" era el fondo natural de las narraciones de Ángel Fernández.

Es infinita la nómina de apodosos que se debe a su inventiva: el *Confesor* Cornejo, el *Gran Cirano* Enrique Borja, *Black Pepper* Rico, *Guano* Puente, la *Cobra* Múñante. Durante las décadas de los sesenta y los setenta, Ángel Fernández creó una heráldica de las canchas, y no conforme con otorgarle nombres de guerra a los jugadores, rebautizó equipos enteros. Las *Chivas* se transformaron en el *Rebaño Sagrado* y los *Cementerios* en la *Moquina Celeste*.

Su inigualable estilo se debe a la combinación de recursos de la canción ranchera (un defensa ríjoso "echa mano a sus fierros como queriendo pelear"), la exageración sin freno ("créame que es el hombre más feo que he visto en mi vida"), el gusto por la paradoja (Cristóbal Ortega debuta en un partidazo con el club América y el cronista comenta: "señoras y señores, hemos vivido en el error: América descubrió a Cristóbal"), las vaguedades casi metafísicas ("venía buscando un Algo cuando el balón le hizo un Extraño"), el sentido épico aun en las situaciones nimias ("se huende la nave: niños y mujeres primero"), la lacerante reinvención de la palabra "gol" ("enorme bang que borada la

El escritor argentino Guillermo Almeyra es experto en geopolítica y editor, con Adolfo Gilly, de la revista *Vientos del sur*. En estas páginas evoca la vida y la obra del pedagogo brasileño Paulo Freire. En nuestra sección "Libros", Mabel Bellocchio se ocupa del último libro de Freire.

En los tempranos cincuenta, por esos azares de la política argentina, fui a dar al Brasil. Allí escuché hablar por primera vez sobre un pedagogo innovador que alfabetizaba adultos en Pernambuco, con nuevas ideas basadas en la experiencia concreta, en la madurez de los educandos y en la conciencia plena de la verdad elemental y obvia, pero negada en la vida cotidiana hasta entonces, de que el desconocimiento de una técnica (como la escritura) no implica falta de conocimientos ni de capacidades.

Después del golpe de 1964 contra el presidente Joao Goulart, me tocó colaborar con brasileños partidarios de Lioel Brizola (el ex gobernador de Rio Grande do Sul y cuñado del presidente depuesto), que intentaban volver ilegalmente a su país por la frontera nororiental argentina, para organizar ahí la resistencia contra la dictadura militar. Nuevamente el nombre y la experiencia de Paulo Freire, que había colaborado con el gobernador izquierdista de Pernambuco, Miguel Arraes, aparecieron a cada rato en las conversaciones que, en una casa de Olivos, un suburbio *chic* del norte de Buenos Aires, manteníamos con grupos de jóvenes ciudadanos del pedagogo (militares, obreros, estudiantes, profesionales) entre una y otra discusión sobre los detalles técnicos de su transporte hacia la frontera y hacia la victoria, la cárcel o la muerte.

Muchos de los exiliados brasileños, entre los cuales estaba el mismo Freire, pasaron también por Bolivia hacia Chile, donde se acercaba el triunfo (y después la presidencia y la trágica muerte) de Salvador Allende, el médico de los pobres, el sembrador de esperanzas. En ese país, la dictadura de Pinochet obligó después a un nuevo exilio precipitado a muchos de

RECUERDOS DE

Guillermo

los que previamente habían huido de la apenas anterior de Castela Branco.

Yo en ese entonces, a comienzos de los setenta, colaboraba en Roma con el secretariado del Tribunal Russell II, nueva versión para América Latina del que había presidió el filósofo y científico británico y que había condenado la guerra de Vietnam. El fundador del nuevo Tribunal (en cuyo jurado participaban Cortázar, García Márquez, el sindicalista italiano Tridente, el defensor francés de los presos argentinos Matarasso, el líder yugoslavo Dedijer, entre otros) era el ex *partigliano* socialista Lelio Basso, entonces senador y dirigente del Partido Socialista de Unidad Proletaria (PSUP), una importante escisión de izquierda del viejo Partido Socialista Italiano. Pero el centro animador, el que se encargaba de todos los asuntos cotidianos y prácticos, era Linda Bimbi con su equipo de "chicas", como yo las llamaba, o sea un grupo izquierdista de monjas brasileñas, muchas de ellas nordestinas, que la reconocían como su abadesa y que vivían en comunidad sin que, a primera vista, se pudiera percibir su carácter religioso.

Linda y algunas de sus colaboradoras habían trabajado con Freire durante el gobierno de Arraes y, por lo tanto, nuevamente escuché hablar del pedagogo, sobre todo porque conseguimos traer a Arraes a la capital italiana, y con él a muchos prófugos chilenos, casi todos los cuales nos hablaban, en uno u otro momento, del alfabetizador. Además, Paulo Freire había recalado en Ginebra, cuyo principal atractivo consiste en que está cerca de París o de Roma, o sea, en la posibilidad sobre todo monetaria de escapar a lugares menos burocratizados. De modo que no faltó ocasión para ver a Freire durante sus breves estancias romanas, en las que, naturalmente, aprovechaba el ambiente brasileño y progresista del Tribunal.

Después le perdí brevemente de vista. Para un sudamericano sin un centavo y totalmente fuera de la gracia del cuerpo diplomático de su país, no existían entonces en Roma sino tres posibilidades de trabajo: el Tribunal, donde colaboraba ya, pero gratuitamente; la Agencia Interpress Service, dirigida por el italo-argentino Roberto Savio, autor de un interesantísimo y entonces reciente documental en Bolivia sobre el asesinato del Che Guevara, y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, la FAO. Estuve pues en IPS y de allí pasé a la FAO. Ambos trabajos me pondrían nuevamente en contacto con Paulo Freire, que vivía en Suiza buscando algo más estimulante.

En esa primera mitad de los años sesenta, yo había seguido muy de cerca la revolución independentista en las colonias portuguesas y particularmente en Guinea Bissau, dirigida por el Partido Africano de Independencia de Guinea Bissau y Cabo Verde (PAICG) cuyo líder era Amílcar Cabral. Este —el único universitario guineano que los portugueses habían formado en más de 400 años de colonización— atribuía, como es obvio, gran valor a la alfabetización y a la educación de adultos,

pues su propia experiencia le había demostrado que ambas eran liberadoras. Amílcar Cabral, que conocía perfectamente los desastres del llamado "socialismo real", se había preocupado mucho por evitar la burocratización de su partido y de los nuevos países independientes que surgirían después de la revolución. Sabía perfectamente que, en países con más del 95 por ciento de analfabetismo, los pocos que saben leer y escribir controlan de hecho todos los puestos y la economía y están separados por una tremenda brecha de los que sólo pueden informarse mediante el clásico "teléfono árabe", o sea, de boca en oído. El dominio de la técnica de la escritura y la lectura daba así privilegios inmensos a quienes, por razones de clase (mulatos hijos de colonos) o de función (militares exiliados en los países vecinos), constituían una élite impenetrable. De ahí su interés por la obra de Paulo Freire y su invitación a éste a viajar a Guinea Bissau y dirigir la alfabetización y la educación de adultos, propuesta que el pedagogo aceptó encantado y llevó a la práctica incluso luego del asesinato de Amílcar Cabral en Guinea Conakry y de que el hermano del líder, Mario, asumiera la presidencia de la República en aquel pequeño y pobrísimo país africano. En 1975, cuando Freire



Almeyra



asumió su nueva tarea, Guinea Bissau tenía unos 800 mil habitantes, 80.000 de los cuales vivían en su capital, Bissau, que parecía a primera vista un pueblito portugués de provincia con sus casas blancas y bajas de tejado rojo, si uno no se fijaba demasiado en la extrema pobreza de sus habitantes negros, la mayoría de los cuales no tenía calzado y, en los barrios muy pobres, incluso podían andar desnudos. A cargo de la cultura estaba el gran poeta de Angola Mario de Andrade, exiliado en la fraterna Bissau porque había perdido la lucha interna en el Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA) ante Agostinho Neto, que estaba muy ligado a los soviéticos.

De Angola, que tenía una importante capa de intelectuales negros y mulatos, poco se podía esperar en esos años, y con Cabo Verde, de donde provenían los Cabral, existía otro tipo de problemas, relacionados con la vida interna del PAICG, que abarcaba tanto a las islas como a la pequeña Guinea, más desprovista de todo, y que se revelarían pocos años después, con las luchas por el poder.

En Bissau, donde se carecía de agua, de electricidad, de comida, de servicios elementales, Freire comenzó una tarea que parecía aún más difícil porque la mayoría de la población hablaba en sus

lenguas nativas (cuatro de ellas eran las principales) y no el portugués, lengua extranjera que sólo una minoría dominaba, lo que hizo que se estudiara seriamente la posibilidad de declarar que el idioma oficial sería el francés, porque francés hablaban en Guinea Conakry y en Senegal, los principales vecinos. Además, los organismos internacionales enviaban con cuentagotas a "expertos" y "extensionistas". Ahora bien, éstos eran las bestias negras del pedagogo que con justa razón sostenía que la "extensión" presupone inyectar conocimientos desde arriba y desde el exterior, en vez de crearlos conjuntamente con los supuestos beneficiarios de la ayuda técnica o cultural, y que los "expertos" no escuchaban sino que se dignaban volcar generalmente sobre la cabeza de sus oyentes la Verdad Revelada que traían desde el extranjero y que no confrontaban ni con la realidad física y económica local ni con las experiencias y la visión del mundo de los nativos.

En esos momentos tuve el privilegio de encontrarme a Freire, manos a la obra, durante una misión de la FAO que conseguí simplemente porque nadie quería ir a un país que carecía de todas las comodidades, en el que la malaria era endémica y donde había que cerrar las ventanas por la noche, a pesar del terrible calor húmedo, porque entraban enormes vampiros que eran portadores de la rabia y bebían la sangre de las pequeñas y hambrientas vacas que, semihundidas en los pantanos que rodeaban la capital, a poca distancia de donde se alojaban los extranjeros, comían la vegetación semiacuática.

Para Freire, el objetivo central era combatir en cada persona el opresor en potencia que tenía en su inconsciente y le llevaba a reproducir la opresión de la que era víctima. Freire no quería solamente enseñar una técnica, la de la lectura y escritura, con nuevos métodos que acelerasen el aprendizaje, sino enseñar, al mismo tiempo, a desarrollar los sentimientos solidarios y colectivos, a respetar a los diferentes, a aprender de los demás y de la vida. Para él, la conquista de la independencia, incluso mediante una revolución que, sin duda, cambiaba en parte a quienes la habían hecho y les otorgaba nueva dignidad y capacidad de decidir, no significaba sino el comienzo de la verdadera revolución. Paulo Freire daba al concepto de revolución cultural un significado muy diferente al que le atribuía en esos años el maoísmo, que introducía desde arriba y con la fuerza del Estado un elemento de ruptura con las viejas ideas y relaciones; para el pedagogo brasileño, en cambio, el proceso de la revolución era a la vez individual y social, siempre interno, pero obra colectiva y no estatal ni institucional. Freire no anulaba a los individuos en la colectividad, sino que, dando nueva conciencia y dignidad a ambos, reforzaba tanto a las individualidades como a la sociedad.

Guinea Bissau estaba compuesta por diversas etnias: una, por ejemplo, era animista e igualitaria, y en ella las mujeres tenían un papel decisivo; otra, por el contrario, era islámica, tenía reyezuelos y

marabúes, era trashumante y en ella las mujeres eran meras bestias de carga e instrumentos de reproducción; en cuanto a los pocos mulatos y "privilegiados" de la capital, el modelo de la vida era el reaccionario, dejado por los más pobres y atrasados colonos de todo el imperio portugués que, para aquéllos, había representado la "civilización". Freire, que pensaba en la gente y no en las instituciones educativas, enfrenta la tarea enorme de hacer pasar a muchos de la conciencia mágica, que los hacía pasivos ante la Naturaleza, a la conciencia crítica, activa, superando la superficialidad y el pragmatismo de la toma ingenua de conciencia y construyendo así, no sólo educandos capaces de utilizar sus propias experiencias y educar al educador sino, sobre todo, ciudadanos en potencia, pues sin ciudadanos no hay nación independiente ni hay democracia.

Para Freire, contra el marxismo dogmático imperante en esos años, el capitalismo no es sólo explotación sino, simultáneamente, dominación, alienación. Por eso no se limita a tratar de cambiar las estructuras sociales, sino que busca modificar desde adentro a la sociedad con democracia, y combate todo paternalismo, burocratismo y dogmatismo, a los que considera castrantes, incluso en el campo de quienes buscan un cambio social. De ahí su independencia política y su encuentro con otros buscadores de la utopía y luchadores sociales, como Danilo Dolci, el padre espiritual de la izquierda socialista cristiana en Italia, el estudioso del contenido social de los movimientos mesiánicos.

Durante el tiempo que estuve en Guinea Bissau preparando un artículo para la FAO llamado "La cooperación como instrumento de cultura", me vi obligado a viajar a menudo al interior del país para conocer su geografía, su economía, su gente, sus culturas. Poco era el tiempo que tenía para permanecer en la capital. Pero allí encontraba a Freire y a su equipo, en el único hotel en el que, además de arroz, se podía quizá comer, de vez en cuando, un poco de venado recién cazado o algún pescado que los barcos soviéticos, que saqueaban la costa guineense muy rica en mariscos, desembarcaban para regalárselo a las autoridades.

Las breves conversaciones esporádicas con el pedagogo se caracterizaban casi siempre por un intercambio de noticias catastróficas sobre los problemas enormes del país y de críticas contra las burocracias, locales e internacionales. De todos modos, para un optimista nato resultaba refrescante y estimulante encontrar un sabio con alma de niño, que veía siempre el "pero" en la peor situación y tendía espontáneamente a buscar la luz en la oscuridad, la esperanza en su confianza en la gente y en su conciencia histórica. Por eso fue considerado, con justa razón, subversivo por todas las dictaduras, desde la franquista hasta las latinoamericanas, que prohibieron sus obras. Freire era, en efecto, donde estuviera, el educador para la Utopía. Por lo tanto, un hombre universal. ●

AUTOPISTA

Cuba es recomendada al Superman María: Kristófiela papa", la gótsica parcialidad ("España contra Brasil! Tengo el corazón totalmente dividido: 5% para España... 95% para Brasil!").

Pero el principal sello de Ángel Fernández fue en los melóforas. Antes que ninguno de sus colegas, entendió que en la televisión resultaba inútil describir lo que el espectador veía y se convirtió al gongorismo. Un puñado de las muchas frases que perduran en la memoria colectiva: Tostaa, Peleé y Geíson (triangula con la pelota ("Brasil reinventa la trigonometría"); el portero alemán Schumacher agrade a un delantero francés ("le hundió la espada hasta donde dice Solingen"); un defensa ruso, vuela por los aires ("Chesternev via Spotaik a Rusia"); un pedregoso lateral avanza con el balón ("es Haas Peter Briegel, que en alemán quiere decir Ferrocarriles Nacionales de Alemania").

Todo esto narrado con la poderosa voz de Stentor, el timbre único que iniciaba las transmisiones con el saludo: "A todos los que quieren y aman el fútbol."

Quienes han visto al cronista fuera de la cabina de locución saben que su mente no descansa: el mundo le pide ser narrado. Hace años, el poeta José Luis Rivas coincidió con él en un vuelo. Los pasajeros fueron llevados en autobús hasta un sitio apartado del aeropuerto donde los esperaba un avión diminuto. El autor de *Tierra nativa* consideraba la conveniencia de volar en esa nave, cuando escuchó una voz a sus espaldas: "Ah caray, nos van a mandar en un Rev-el-Lodola."

Ángel Fernández iniciaba la narración de lo que sería un vuelo inolvidable.

¿Qué ocurrió con el locutor que escandalizó a la afición y hacia que el fútbol fuera una intensa experiencia lingüística? Ángel Fernández aceptó una oferta de Canal 11, dejó Televisa y luego se quedó sin canal. El Tigre Azteca consideró su salida como "alta traición" y el 13, que durante un tiempo se usó de ser "un canal con Ángel", no volvió a contratarlo.

Los cambios en la directiva de Televisa han hecho que miles de fanáticos piensen en un posible regreso de Ángel Fernández. Una misión ideal sería que narrara el segundo tiempo en los partidos de Ciudad Universitaria, ahora que los Pumas son transmitidos por Televisa.

Comentaristas como Raúl Orrañanos y Rafael Puente saben que cuando relaban como arqueros entre los tres palos se convirtieron en figuras épicas gracias a la voz de Ángel Fernández, reinventor del español popular de México, que aún aguarda su segundo tiempo.



INSTITUTO PAULO FREIRE
Rua Cerro Corá, 550 2.º andar cj. 22
Tel: (11) 3021-5536 Fax: (11) 3021-5589
05061-100 - São Paulo - SP - Brasil
E-mail: ipf@paulofreire.org

Mabel Bellocchio



Contra la opinión del sentido común, los sabios dicen que no hay libro más difícil de escribir que una buena introducción a una disciplina. Para hacerla se requiere conocer la materia en profundidad y extensión, y estar tan familiarizado en la comprensión de sus categorías principales que se pueda sintetizarlas, ordenarlas y explicarlas con claridad y distinción. La "familiaridad" con las categorías, por su parte, no resulta de un proceso meramente cognitivo, sino que se logra mediante la experiencia vital de haber resuelto problemas —teóricos y prácticos— a través de su dominio. Por eso, uno de los primeros requisitos que debe satisfacer el autor de una buena introducción, es haber vivido mucho, es decir, haber vivido bien, el complejo mundo de las relaciones con su objeto de estudio.

Paulo Freire, quien, en el sentido expuesto, vivió mucho y bien, escribió la *Pedagogía de la autonomía* como último libro; pero, por su carácter fundacional, este puede considerarse como el primer libro del maestro, o sea, una muy buena introducción a la pedagogía: contiene la sabiduría reposada de quien ha dedicado toda su vida a los problemas educativos y está escrito con la sencillez que requiere el lector inicial que decida transitar las sendas pedagógicas que la filosofía de Paulo Freire diseña.

¿Cuál es, en líneas generales, esta filosofía?

En principio, se trata de un pensamiento que posee dos vertientes inmediatas y paradigmáticas en la América Latina de la década de los sesenta: una predominantemente política, la teología de la dependencia, y otra predominantemente ética, la teología de la liberación. De la primera adoptó la actitud crítica y la intención transformativa ante cualquier forma de sujeción que reproduzca la desigualdad social; de la segunda, la "opción por los pobres", en tiempos en que la expansión de las empresas transnacionales, respaldadas por el terrorismo de Estado y el silencio cómplice de las jerarquías eclesiales, significaban una clara "opción por los ricos".

Otros pilares filosóficos de Paulo Freire son la *Teoría crítica* de Max Horkheimer, según la cual el hombre es capaz de forjar la realidad y reorientar el porvenir a partir de la no aceptación del *status quo* histórico, y la Dialéctica de lo concreto de Karel Kosic, cuya ontología de la praxis permite explicar y justificar las acciones

humanas encaminadas a transformar el mundo.

En los fundamentos de estas vertientes inmediatas de la pedagogía de Freire están los pensamientos de Marx, Hegel, Kant y Cristo. Pero, más que nada, está la vida del autor que conoció, en su propia familia, la pobreza en Recife, el hambre en Taboatá, y en su familia mayor —los pueblos latinoamericanos— las más abismales diferencias sociales, la opresión de los campesinos, la alienación de los campesinos oprimidos, la discriminación, la ignorancia y la muerte.

Sensible a esta realidad, a los 25 años empezó a organizar círculos de lectura y centros de cultura popular, tarea que combinaba con sus clases de profesor de historia y filosofía en la Universidad de Recife. Hacia 1962 ya había diseñado su método de alfabetización que permitió a las personas "decir y escribir su palabra" y ser las dueñas "de su propia voz".

A mediados de 1963, y con el auspicio del gobierno federal brasileño, la campaña de alfabetización se había lanzado a capacitar en el Método Freire a miles de coordinadoras de Círculos de Cultura que atenderían, aproximadamente, a dos millones de personas, en unos pocos meses. Pero el golpe militar de Castelo Branco (1964) interrumpió bruscamente la continuidad democrática brasileña y con ella esta labor.

Paulo Freire se exiló, entonces, en Chile, e inicia un periodo de alejamiento forzoso de su país, pero de encuentro con realidades latinoamericanas similares, que cuaja en la publicación de *La educación como práctica de la libertad* (1969) y de la *Pedagogía del oprimido* (1970).

De allí hasta la *Pedagogía de la autonomía* hay numerosas obras, es decir, numerosos libros y acciones, todos ellos producidos con el mismo sello que acompañó los momentos fundantes de la vida y el pensamiento de Freire. Por eso, este final se parece tanto al principio. Conserva intacto el ideal de educación liberadora y el ímpetu de acometer esta empresa, a pesar de quienes presentan la realidad como un paquete fatal de injusticias.

La *Pedagogía de la autonomía* está estructurada en tres capítulos de nueve párrafos cada uno, que responden, desde veintisiete lugares distintos, por una exigencia de la acción de enseñar. Los títulos describen la normatividad esencial de la educación —esa que no suele aparecer en los documentos oficiales— y pue-

den leerse como breves lecciones del tipo: "enseñar exige riesgo, asunción de lo nuevo y rechazo de cualquier forma de discriminación", "enseñar exige humildad, tolerancia y lucha en defensa de los derechos de los educadores", "enseñar exige libertad y amoridad", "enseñar exige querer bien a los educandos"...

En el ideario de Freire, las palabras conservan el valor de expresar conceptos traducibles en actos coherentes. En tiempos en que el discurso neoliberal llama "autonomía" al individualismo y la competitividad, y engalana con categorías éticas las necesidades del mercado, la sana costumbre freireana de llamar al pan, pan y al vino, vino, devuelve a las palabras su sentido original.

El sustento ético de la *Pedagogía de la autonomía* es la igualdad, es decir, el derecho a que, dado que todos tenemos una misma naturaleza, todos tengamos las mismas oportunidades de vivir. Y la igualdad va de la mano con la universalidad, llámese "amad al prójimo como a ti mismo", en versión cristiana, "obrad según máximas universalizables", en versión kantiana, o "rechaza la ética de los ladrones que quieren para sí mismos lo que no quieren para los demás", en versión de Franz Ilmkelammert, o "niño, no hagas eso que gustaría que te lo hagan a ti?" en la voz de cualquier buena maestra, el principio es el mismo. El neoliberalismo podrá enojarse su discurso con términos como "justicia", "libertad" o "democracia", pero mientras no adopte y defienda una ética universal e igualitaria, seguirá permitiendo las discriminaciones de raza, género o clase con la misma ética de los ladrones, que quieren para sí lo que no quieren para otros, en el falso supuesto de que existe una desigualdad originaria que justifica sus privilegios.

El universalismo ético basado en una efectiva igualdad de derechos y la convicción de que la historia es una responsabilidad de todos son, en suma, los sustos de esta *Pedagogía* que se alza, contra el fin de las ideologías, con el mismo candor, humanismo y fuerza combativa que tuvo en los sesenta.

Paulo Freire,
Pedagogía de la autonomía,
Siglo XXI Editores,
México, 1997.

